

De la “nueva criminología” a la “imaginación criminológica”. Entrevista con Jock Young

David Fonseca

Universidad de Nueva York, Estados Unidos

Máximo Sozzo

Universidad Nacional del Litoral, Argentina

E: En los comienzos de los años 1970 con Ian Taylor y Paul Walton escribieron La Nueva Criminología, uno de los libros más influyentes en el campo de la criminología en los países de lengua inglesa pero también más allá de los mismos, que contribuyó a la construcción de una perspectiva crítica sobre el delito y el control del delito. El libro reconstruía la historia del pensamiento criminológico, en un ejercicio de crítica y rescate de elementos de diversos momentos teóricos significativos para concluir —precisamente en las Conclusiones— con la presentación de un programa de investigación para la “nueva criminología” que era muy ambicioso y que fue desarrollado por vías diferentes por muchos académicos desde aquel momento en adelante. ¿Cuáles cree que son sus principales legados para nuestro presente?

JY: A partir de la publicación de *The Drugtakers*, mi primer libro del año 1971 —que era el fruto de una investigación desarrollada en los últimos años de la década de 1960— emergían las partes formales de una explicación que utilizamos en *La Nueva Criminología*. Podríamos decir que el marco que empleamos en ese libro proviene de

aquél precedente. Era un intento por tratar de armonizar y combinar las dos tendencias fundamentales de la teoría de la desviación estadounidense: el enfoque del etiquetamiento y el enfoque de la subcultura. La secuencia por la que pasamos fue bastante simple. Estábamos profundamente impresionados por la Nueva Teoría de la Desviación. El período de la sociología de la desviación y de la criminología estadounidenses entre 1955 y 1965 fue uno extraordinariamente creativo: Goffman, Becker y Matza, por una parte y Albert Cohen y Richard Cloward, por la otra. Se trataba de dos filones. Por un lado, el enfoque del etiquetamiento y por el otro, el enfoque de la subcultura. Lo que resultaba interesante acerca de esto es que, si podemos dar un paso hacia atrás en el tiempo, en 1959 Wright Mills publicaba su libro *La Imaginación Sociológica*. Allí, Mills realizaba unas predicciones terribles acerca del auge del empirismo abstracto que, a fin de cuentas, se han realizado en la actualidad a un nivel aún más horrible. Pero los productos inmediatos de la teoría de la desviación luego de 1959 no eran, en absoluto, el resultado de ese tipo de empirismo abstracto sino que se inscribían en un plano microscópico, lo que los volvía muy

interesantes. Prácticamente, todo iba en esa dirección. Pensemos en Goffman. Pensemos en Garfinkel y la etnometodología. Casi toda la producción intelectual se ubicaba en ese plano y era algo extraño que no se encontraran aproximaciones macroscópicas, más allá de lo que permanecía de la tradición mertoniana —sobre lo que volveré más adelante. La cuestión era cuáles eran las razones de esto. El intelectual más inteligente y con mayor capacidad de anticipación sobre este punto fue Albert Cohen que en 1977 en el congreso de la American Sociological Association se refería al “subdesarrollo” de la sociología estadounidense y, en particular, de la sociología de la desviación estadounidense. Por “subdesarrollo” quería decir, precisamente, que esta producción intelectual había perdido una dimensión macroscópica, no había seguido los pasos de Merton adecuadamente, sumiéndose exclusivamente en un tipo de trabajo microscópico. Los únicos que estaban realizando cosas en una dirección macro eran un pequeño grupo de marxistas. Por supuesto, no se trataba de que Cohen fuera un marxista, pero señalaba que estos eran los únicos que estaban apuntando en el sentido correcto.

En ese momento, nos encontramos con el cruce transatlántico. Mi explicación de lo que paso en Estados Unidos es que se trató básicamente de un efecto persistente del Macarthismo. Primero pensaba que esto era una exageración, pero a medida que he ido profundizando mi conocimiento de ese momento de la sociología estadounidense, cada vez estoy más seguro de que es cierto. Cuando Paul Lazarsfeld hizo su estudio *Academic Mind* en 1958 descubrió que la mitad de científicos sociales estadounidenses habían sido entrevistados por el FBI en los últimos doce meses y un tercio de ellos lo había sido más de tres veces. Esto era algo extraordinario. Solemos pensar el efecto del Macarthismo como algo que se desarrolló en el ámbito del teatro y el

cine pero su impacto en el mundo académico fue espantoso. Por ejemplo, investigadores en el campo de la antropología escribieron tesis materialistas sobre diversas situaciones y cuando los libros fueron publicados fueron retirados de circulación por la censura. Los profesores reescribieron los programas de sus cursos. Muchas personas sufrieron mucho. Por ejemplo, una de las reacciones fue orientarse hacia el costado duro de las ciencias sociales, hacia la utilización sofisticada de métodos cuantitativos. Lo mismo que sucedió —salvando las distancias— antes de 1917 cuando se produjo la primer ola de Miedo Rojo y los investigadores de la Escuela de Chicago se orientaron hacia la ciencia y se alejaron de las mujeres radicales de la Hull House —una de ellas, Florence Keller tradujo el libro de Engels *La condición de la clase obrera en Inglaterra*. Esto es extraordinario: el proceso se inició con la Escuela de Chicago que estaba compuesta por intelectuales que eran muy buenos haciendo etnografía pero políticamente comenzaron a derivar hacia posiciones científicas y conservadoras. Lo mismo ocurrió en este otro momento y en cierta medida decapitó la teoría social estadounidense. Entonces, en ese marco se produce el cruce transatlántico y estas ideas arribaron a Gran Bretaña. Y yo no conozco a nadie que trabajara en el campo de la sociología en este período en Gran Bretaña que no fuera anarquista, trotskista, marxista, situacionista o algo por el estilo. Los intelectuales conservadores eran muy raros. Los que se ubicaban más hacia la derecha eran sociodemócratas de izquierda. Era un contexto político totalmente diferente al de Estados Unidos. Esto nos permitió a nosotros avanzar claramente hacia el plano macroscópico, fácil y simplemente, sin pensarlo demasiado. Para Ian, Paul y yo, *La Nueva Criminología* no fue un libro muy difícil de escribir, se trataba de nuestras notas de clases, era bastante reflexivo y al mismo

tiempo, un reflejo de la época. Nunca lo visualizamos como una cosa particularmente importante. Era una expresión de la cultura de aquél tiempo y mostraba cómo nosotros pensábamos estas cosas. Buscaba combinar los niveles micro y macroscópicos. Por tanto, tomamos de la Nueva Teoría de la Desviación su naturaleza diádica, la idea de que se debe explicar la acción y la reacción, porque las personas hacen cosas y porque las personas etiquetan cosas. Y luego ubicamos estos dos elementos, tanto a los que actúan como a los que reaccionan en una situación macroscópica. Y como resultado de ello emergían los requerimientos formales de una teoría plenamente social de la conducta desviada.

Lo formal y lo substantivo. Creo que lo que resultaba interesante del aspecto formal era que tomaba a Wright Mills y lo fusionaba con la Nueva Teoría de la Desviación. Mills se refería en *La Imaginación Sociológica* a la necesidad de colocar a los individuos y sus problemas en la estructura social y ambas cosas en la historia, en el marco de una política transformadora. Pero con la noción de la naturaleza diádica proveniente de la sociología de la desviación nosotros hicimos ambas cosas, nos focalizamos en la policía y las instituciones estatales, la clase dominante, etc., por un lado, y en la desviación, por el otro. Calzaban como dos piezas de un rompecabezas. Nosotros estábamos muy influenciados por Alvin Gouldner en aquella época, cuando se había mudado a Amsterdam. Lo que resulta interesante sobre Mills y Gouldner, que eran en su momento los más fuertes acólitos de Merton es que ambos se sumergieron mucho en el pensamiento europeo en un intento similar por abordar los aspectos macroscópicos de las sociedades capitalistas.

En cuanto a los legados inmediatos, si buscamos algo que reprodujo la estructura planteada en aquél libro, tal vez debamos pensar en *Policing the Crisis*, el importante

libro de 1978 de Stuart Hall y sus colegas. Su análisis, como saben, subió hasta el Estado, descendió hasta el acto individual y se detuvo en las condiciones de los negros de clase trabajadora. Comprendía todo, la acción y la reacción, el nivel micro y macro.

E. A partir de su ensayo de 1975, ampliamente leído, "Criminología de la clase obrera" desarrolló un intento explícito por eludir lo que definió como "idealismo de izquierda" como un perspectiva que, desde su punto de vista, orientaba a la criminología crítica en una dirección errada, tanto en términos políticos como teóricos. El "realismo de izquierda" fue el antídoto que usted y otros investigadores de lengua inglesa desarrollaron para superar esto que visualizaban como un riesgo para el pensamiento crítico acerca de la cuestión criminal. Este enfoque se caracterizó por muchos temas y argumentos. Probablemente, tres de los más importantes fueron: es preciso tomarse en serio al delito —o una crítica al exceso del construccionismo social—; la importancia de la "prevención relativa" y la imagen del "cuadrado del delito" con respecto a la causas del mismo. ¿Cuáles son sus posiciones actualmente con respecto a estos tres componentes del "realismo de izquierda"?

JY: Probablemente porque deseo encontrar una narrativa de continuidad en mi vida es que no pienso en mi propio trabajo como una serie de discontinuidades. A veces pienso —y esto es válido, creo, para la criminología crítica en general— que en ciertas ocasiones nos olvidamos de algunas cosas y es necesario regresar y retomarlas. En lo que hace a mi propio trabajo yo creo que existe una cierta continuidad y considero que en lo que respecta a la criminología crítica, en general, esto es mucho más fuerte. Por supuesto que hay progresos; no debemos pensar en personas que

reinventan la rueda cada cinco años o algo así. Por ende, creo que es muy interesante que mientras la criminología crítica parece evolucionar, la criminología ortodoxa parece volver a los años 1950 —como en el caso de la teoría acerca del curso de la vida— o incluso al siglo XIX —como en el caso de la teoría de la elección racional. Parece mirar hacia atrás y no hacia el futuro.

El realismo de izquierda fue parte de un reconocimiento de la situación de las personas que vivían en barrios pobres, de clase trabajadora, y los problemas que el delito representaba para ellos cotidianamente. Y se combinaba con un cierta irritación acerca de los intelectuales que vivían en los campus universitarios, aislados de todo y románticamente idealizaban que lindo sería vivir rodeados de prostitutas y vendedores de drogas ilegales. También impactó allí una fuerte influencia feminista. Se trató de un gran movimiento de nuestro tiempo. La teoría macroscópica estadounidense desapareció de la sociología pero fue retomada por el feminismo, desarrollándose masivamente y alcanzando una influencia extraordinaria en los partidos políticos, movimientos sociales, intelectuales, etc. Y esta influencia impactaba en la idea de que era preciso tomarse en serio el delito —y no solo eso, sino también, en general, el comportamiento antisocial. De hecho el slogan “tolerancia cero” no nació en el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York sino en el feminismo radical. Por ende, nosotros estuvimos influenciados por los estudios feministas que estaban por todos lados a nuestro alrededor y que reclamaban que se tomara en cuenta seriamente las formas de delito que tenían como víctimas a las mujeres.

De allí la crítica al idealismo de izquierda. Ahora bien, aun encuentro irritante que se confunda que aquella crítica es una suerte de crítica a plantearse utopías. La crítica estaba dirigida al idealismo filosófico, al construc-

cionismo social. Era acerca de imaginar que el único problema del delito es la construcción de algo como delito cuando, de hecho, si una persona te golpea en la calle —o como quieras llamarlo— materialmente te golpea.

E: Puede percibirse una continuidad entre esta crítica al idealismo de izquierda y un elemento que aparece recurrentemente en La nueva criminología que es la referencia a las consecuencias del acto desviado.

JY: Y era muy fuerte en el trabajo de Gouldner, en su crítica a Becker que da lugar a todo un debate entre ambos. Claramente ese era el camino que elegimos tomar.

E: ¿Y con respecto a la idea de “privación relativa” y su desenvolvimiento ulterior como en el libro de 1984 con John Lea, Qué es lo que se debe hacer con la ley y el orden?

JY: Bueno, se trata de una noción que no está muy relacionada intelectualmente con lo anterior. Parte del problema de que, como saben, en muchos países del Primer Mundo desde hacia mucho tiempo la tasa de delito venía creciendo significativamente y resultaba bastante tonto intentar explicar esto recurriendo a la idea de privación absoluta per se. Algunas de las personas más pobres de Harlem vivían en mejores condiciones que la mayoría de las personas a lo largo de la historia. Apelar a esa idea hacía perder de vista lo importante. No se puede hablar de privación absoluta cuando la obesidad es un problema y no morir de hambre. Simplemente, no era lo que estaba pasando. Aquí se inscribe la noción de privación relativa, parcialmente inspirada en Merton, parcialmente inspirada en Runciman que era muy influyente en la sociología británica aun cuando no muy conocido en la sociología estadounidense.

E: En La Nueva Criminología trataban a Robert Merton como un “rebelde cauteloso” y practicaban diversas críticas con respecto a sus posiciones. ¿En la utilización de la noción de “privación relativa” no había un cambio en la relación teórica con el legado de Merton?

Alvin Gouldner fue lo suficientemente amable de acceder a escribir la introducción de *La nueva criminología*. En ella señala que Merton era un pensador fuertemente influenciado por el marxismo. Yo siempre halle que dado que Gouldner era un marxista un tanto díscolo, esto era más un deseo que una realidad. Pero el hecho era que Gouldner y Merton tenían mucha relación, mantuvieron correspondencia a lo largo de sus vidas sobre diversos temas, incluido el marxismo. Gouldner conocía muy bien a Merton. Cuando recientemente he vuelto sobre estos temas, escribiendo una nota biográfica sobre Merton, descubrí que el joven Merton se definía a sí mismo como socialista. Era un joven de clase trabajadora que aprendió socialismo del zapatero de la esquina y cuya copia del Libro I de *El Capital* tenía más de 100 páginas de notas manuscritas. No era alguien que no supiera nada de Marx. Pero estaba muy preocupado en dos sentidos. Por un lado, no era bueno ser visto como alguien muy de izquierda en Estados Unidos. Por el otro, no era en absoluto una buena idea ser un judío en los Estados Unidos. Por eso, como saben, se cambió el nombre.

E: De Skolnick a Merton, verdad?

JY: Hay un historia muy simpática. Jerry Skolnick, el investigador estadounidense que trabajó tantos años sobre la policía en Berkeley y New York, llevó a Merton cuando cumplía 50 años, creo, a la Isla de Ellis y estaban mirando las cosas relacionadas con la inmigración y entonces Jerry le dijo a Merton: “Bob, no hablas mucho acerca de tu judaísmo, verdad?” Y Mer-

ton le respondió: “Te voy a decir algo. ¿Sabes cual es mi verdadero apellido?... Skolnick”.

Lo que debe comprenderse es la situación de un judío de clase trabajadora. Merton tuvo problemas con quienes tenían posiciones antisemitas y antisocialistas. Y Albert Cohen, una generación después, tuvo los mismos problemas. Como saben había un sistema de cuotas en las universidades de la Ivy League (N.deT.: las universidades privadas más antiguas y elitistas del noreste estadounidense). De este modo sólo se permitía que un cierto número de judíos entraran en los malditos departamentos. De este modo, las personas cambiaban sus nombres pero vivían preocupados como unos locos. Durante la Segunda Guerra Mundial, Sue y Robert Merton siguieron de cerca la Batalla de Gran Bretaña a través de la radio de onda corta. Estaban preocupados porque Europa cayera y sólo Dios sabía lo que podría haber ocurrido en Estados Unidos en ese caso. Ciertamente era posible que hubiera alguna suerte de acuerdo con la Alemania Nazi y a partir de allí se desarrollarán aun más todas las tendencias antisemitas. Es preciso entender la delicada situación en la que se encontraba. Y si piensas en que luego el FBI le armó a Merton un expediente en el que lo trataba como sospechoso de organizar una célula comunista en la Universidad de Columbia. O que el Daily News lo denunció públicamente como un izquierdista. En este contexto, uno aprendía a moverse con mucha cautela. Esto de alguna manera nos trae de nuevo al efecto terrible del Macarthismo en este contexto cultural.

Ahora bien, cuando uno piensa en “Estructura social y anomia” se encuentra con una situación particular que encuentro absolutamente fascinante. Es probablemente uno de los artículos mas citados en criminología y probablemente en sociología, cierto? Pero en realidad, muy poca gente lo lee efectivamente y las interpretaciones que se ofrecen del mismo son más bien erradas. De este modo,

la teoría de la tensión supone que existe algo así como una contractura muscular en el sistema social cuando en realidad se trata de una enfermedad endémica. Si uno lee el ensayo de 1938 descubre que se refiere al Sueño Americano como una especie de calmante frente al quinto tipo de adaptación individual que es la rebelión. De este modo, el Sueño Americano es una ideología en los términos de Manheim. El artículo deja claro todo esto, que se trata de un sistema social desajustado. Hacia fines de la década de 1930, luego de la Gran Depresión, hay una suerte de crisis de legitimación que se está desarrollando. Y eso es lo que encarna de algún modo Merton. Lo que me parece interesante a mi es ¿porqué este artículo fascinó tanto aun cuando se encontraba completamente contra la corriente de la sociología de su época? Algo similar sucede con el libro *La Imaginación Sociológica* de Wright Mills. Todo el mundo, todo texto sociológico empieza diciendo qué maravilloso que es aquel libro y no se toma mucho en cuenta lo que Wright Mills efectivamente escribió ni ciertamente, su orientación política.

Me interesa mucho ahora el encuentro clásico entre Merton, Lazarsfeld y Mills en enero de 1949 en el que los primeros tratan y finalmente logran convencerlo de participar en su proyecto. En aquél momento Merton estaba a la izquierda de Mills. Mills era un liberal. Luego Merton se hizo más cauteloso y Mills más izquierdista. Merton, y Lazarsfeld estaban trabajando para el gobierno en términos de propaganda política. Eran científicos sociales particularmente comprometidos. Mills, en cambio, no. Mills trataba de no quedar enmarcado de este modo. Era un viejo mundo muy interesante. Siempre estuve fascinado por como estas cosas cambiaron y cómo estas personas rescribieron a Merton y Merton se reescribió a sí mismo. Esto fue lo que paso. De todos modos, creo que volver al joven Merton resulta bastante interesante.

E: En este sentido, más que regresar a Merton se trata de regresar al joven Merton, al Merton de “Estructura social y anomia” por oposición a sus propias posiciones funcionalistas más estrechas desarrolladas posteriormente.

JY: Sí, se trata del joven Merton, a pesar de que estas cosas una y otra vez vuelven a emerger en sus textos. Y de esto se da cuenta muy rápidamente Albert Cohen que era, por lejos, el discípulo más brillante de Merton y estaba en el aula cuando él dio por primera vez su clase sobre “Estructura social y anomia”.

E: ¿También se podría mencionar en este sentido el trabajo de Richard Cloward?

JY: Puede ser. Cloward debería haber sido el verdadero heredero político de Merton, ¿no? Fue la persona que justamente trato de hacer realidad el Sueño Americano, tomándose lo seriamente. Y, por supuesto, luego su oficina fue allanada por el FBI porque el Daily News lo declaró comunista y esas cosas, aun antes de que a su esposa Francis Fox Piven le pasara algo similar. Estoy intentando descubrir por qué Merton y Cloward no se hablaban. Algo malo paso entre ellos. Puede haber sido el hecho de que Merton se volviera cada vez más convencional, como de hecho ocurrió. Y eventualmente, por lo que he podido entender, comenzó a caerle mal a la gente. Como me dijo Frieda Adler: “Siento decir esto Jock pero él sonaba cada vez más como un inglés”.

E: Volviendo al origen de la criminología realista de izquierda, ¿cómo emerge y que significa la imagen del “cuadrado del delito”?

JY: Creo que la imagen del cuadrado del delito estuvo vinculada a la necesidad de tomar en consideración el fenómeno de la victimización. Las discusiones en torno a

ese tema fueron una influencia significativa. Todos nosotros pensábamos las cosas, inicialmente, como un triángulo, como ustedes saben, el ofensor, el ofendido y el estado, desvinculando luego el sistema formal del sistema informal. Es algo que me interesa y atrae, tiene algo de un ejercicio de sociología formal, al estilo de Simmel, ¿cierto? Implica afirmar que estos elementos, sin importar en qué cultura nos encontremos insertos, es indispensable explicar en sus relaciones recíprocas. Se trata de problemas formales que deben ser abordados. Y creo que esa imagen fue un acierto. Permitía poner el tema en un contexto macro. Cuatro vértices y no sólo una diada. Insertos en un plano macroscópico, sistémico. Pienso que es un elemento ventajoso.

E: En este sentido, ¿se sigue pensando a sí mismo como alguien que sostiene estos componentes claves de aquello que se identificó como “realismo de izquierda” en los años 1980 y 1990?

JY: Creo que había un peligro. Ese peligro consistía en perder de vista las ventajas que el construccionismo social efectivamente produjo, como perder de vista que las estadísticas sociales son construidas y no reflejan la realidad. Había problemas de esta índole en aquella apuesta. En cierto sentido, eso rebota actualmente y el hecho de volver a la criminología cultural es un intento de generar un balance nuevamente, sin perder los elementos que caracterizan al realismo de izquierda. El realismo de izquierda comenzó en Islington, en Londres, cuando políticos que conocíamos vinieron y nos dijeron a John Lea y a mí: “Bueno camaradas, ahora estamos en el poder, ¿qué es lo que van a hacer acerca del delito?”. Fue un período muy interesante, porque en ese momento Margaret Thatcher era Primer Ministro y el gobierno central era neoliberal pero había “banderas rojas” en la mayor parte

de los municipios de Londres y ciertamente en Birmingham y Liverpool. Había una fuerte movida hacia la izquierda en los gobiernos locales. Y bueno, nos decían: “Ustedes se llaman a sí mismos criminología y dicen ser de izquierda, bueno, ¿qué vamos a hacer sobre este tema?”. Y eso nos impactó, nos impulsó hacia una reflexión acerca de las políticas públicas en esas condiciones políticas.

E: ¿Es posible “ser realista en la política” en torno al control del delito —como lo proclamaba uno de los lemas del “realismo de izquierda” — luego de la emergencia de los Nuevos Laboristas y los Nuevos Demócratas y su apoyo a muchas iniciativas conservadoras en este terreno? ¿Es posible buscar influenciar desde el ámbito académico las políticas de control del delito en un contexto en el que el clima político y cultural acerca del tema se ha “recalentado”, para decirlo de algún modo?

JY: A nosotros nos perturbó mucho lo que paso con el Nuevo Laborismo. Lo mismo parece estar ocurriendo en Estados Unidos con el gobierno de Obama. Tony Blair solía escribir sobre un enfoque socialista acerca del delito y una vez que llegó al poder nunca uso la palabra socialista ni siquiera una vez. Y produjo un endurecimiento de las políticas de control del delito. El Partido Laborista, en general, en cada manifiesto sobre el tema penitenciario señalaba la necesidad de reducir la población penitenciaria pero luego hizo lo opuesto. E hicieron otras cosas terribles. Aun con la idea de exclusión social que resulta una noción muy interesante, con importantes posibilidades. Pero fue reinterpretada en la forma más afín posible a la derecha que se pueda pensar. Por ejemplo, si pensamos en el debate que actualmente se está produciendo en los Estados Unidos acerca del retorno del preso a la comunidad, se discute sobre la

mejor manera de producir ese reingreso pero mientras tanto la comunidad ha sido destruida por el sistema. Por ende, es mucho más importante pensar acerca de cómo reconstruir la comunidad antes de reflexionar acerca de qué sucede cuando regresan las personas a algo que ya no existe. Se trataba de una idea muy progresista. De hecho la interpretación de la idea de exclusión social en Escocia es más progresista que en Inglaterra o en Francia. Se suponía que iba a generar efectos positivos pero no paso nada de eso. Se trata de ideas fuertes que resultan muy interesantes, a las que nosotros adheríamos y moldearon en cierta medida nuestro pensamiento en ese plano.

Volviendo hacia atrás un poco, lo que era realmente extraño para nosotros fue el revanchismo positivista, porque hubo un momento en que estábamos confiadamente seguros de que le habíamos ocasionado un daño irreversible. Fuimos medio tontos, pensamos que no iba a regresar jamás. Y hay en esto algo muy interesante retornando al tema de los cruces transatlánticos. Si se miran las características de la criminología estadounidense y de la criminología británica actualmente uno encuentra fuertes diferencias. Esto es muy extraño porque se trata de los dos países con la infraestructura de investigación y docencia más grandes dedicada a la temática y sin embargo producen resultados muy distintos. Y eso no sucede con la astrofísica o campos semejantes. Si se analizan las referencias bibliográficas cruzadas entre el *British Journal of Criminology* y *Criminology* no llegan al 2% del total de las citas. No sería posible imaginar un problema semejante en revistas de cardiología, ¿verdad?. Por ende, revela mucho acerca de la posibilidad de un estudio científico sobre el delito. Un positivismo extraño ha conquistado los Estados Unidos. Pero sería erróneo suponer que eso se debe a que genera buenos resultados en capturar estudiantes. Así, la Open University que es

probablemente la universidad de educación a distancia más grande del mundo está declarada y totalmente a la izquierda. Si se observan la mayor parte de los departamentos de criminología más importantes de Gran Bretaña, aparte de Cambridge que siempre fue un departamento gubernamental y uno no espera demasiado de él, la criminología crítica es todavía una tendencia muy fuerte. En cambio, aquí, en Estados Unidos no lo es para nada, es un pequeño gueto, tolerado en el marco de la American Society of Criminology.

E: Su libro de 1999 La Sociedad Excluyente ha sido interpretado como un mojón que marca un cambio con respecto a los temas y argumentos típicos del realismo de izquierda. ¿Qué opina de este tipo de evaluación?

Uno de los elementos que dispararon este libro fue el hecho de que parecían estar disminuyendo los espacios en términos prácticos, de posibilidad de influenciar las políticas públicas. Por ende, volví a la teoría. Una teoría basada en la desilusión con el Nuevo Laborismo. Es un libro construido sobre la base del concepto de exclusión social que, como ya dije, considero una idea muy importante. Yo había planeado una trilogía. Pero no puedo distinguir tan claramente *La sociedad excluyente* de *El vértigo de la modernidad tardía*, mi libro de 2008. Son dos libros semejantes y yo no podría decir que hay algo particularmente distinto en uno y otro. El segundo incorpora en forma más fuerte un fuerte ataque al Nuevo Laborismo, a la exclusión social. Y aquí se desenvuelve la idea de sociedad bulímica, como una sociedad que absorbe a las personas en términos culturales y las expulsa, no sólo en términos de deportación sino en el plano de las ideas. Recupera las ideas mertonianas acerca de cómo las personas adoptan el Sueño Americano o el Sueño del Primer Mundo y luego se enfrentan

con la realidad de que no pueden realizarlo. Todo esto en una dinámica mas global, que va desde Estados Unidos al Primer Mundo a través de los medios de comunicación que se han globalizado.

E: ¿Cómo es posible relacionar la reciente caída en la criminalidad registrada oficialmente en Estados Unidos —y en especial, aquí, en la ciudad de Nueva York— con la idea de “sociedad bulímica” presentada en La Sociedad Excluyente y empleada también en El Vértigo de la Modernidad Tardía?. ¿La modernidad tardía está relacionada necesariamente con altos niveles de criminalidad? ¿Hasta qué punto las transformaciones económicas, sociales y culturales que describe en estos dos libros para sociedades como Gran Bretaña o Estados Unidos están también presentes en otros contextos nacionales? ¿Cree que son globales en sus alcances? En ese caso, ¿Cómo pensar las diferencias entre el centro y la periferia mundial? ¿Y eso mismo se puede pensar con respecto al delito y el control del delito?

JY: Una de las cosas que los estudios sobre los medios de comunicación ha revelado es que las personas en el Tercer Mundo no sólo miran las películas de acción, sino también miran las heladeras, las piletas de natación y los otros bienes de consumo. Parte de las formas culturales globalizadas es que se vuelve tremendamente evidente para las personas la injusticia de todo esto, ya que haber nacido en diferentes lugares es sólo cuestión de suerte. Por ende, un Merton globalizado sugeriría que vamos a tener las tensiones que originalmente se daban sólo en Estados Unidos, en el Primer Mundo y crecientemente a través del globo, en la medida que las personas se ven golpeadas por las disparidades extraordinarias en los niveles de ingreso a lo largo y ancho del mundo. En vuestras sociedades, Brasil y

Argentina, ustedes tienen el Primer Mundo y el Tercer Mundo juntos, ¿verdad? Para chinos, palestinos o indios existe una privación relativa extrema. Imagínese el tipo de satisfacción que un indio altamente educado experimenta cuando tiene que responder a las quejas acerca de sus refrigeradores de personas que viven en Detroit o en algún otro lado, mientras trabaja en un call center. Me imagino que es como para irritarse mucho.

E: Insistiendo un poco, en sus libros, el alto nivel de delito parece estar fuertemente vinculado a una sociedad excluyente. Pero en varios lugares del mundo incluido Estados Unidos se observa una cierta reducción en la tasa de la criminalidad registrada oficialmente. ¿Qué opina sobre este punto?

JY: Bueno, no podemos decir que la bulimia ha dejado de ocurrir. No se dice en ningún lado que la privación relativa lleve necesariamente al delito. Puede llevar también a la política, al fanatismo religioso, al Tea Party. Puede llevar a diferentes lugares. Depende de la estructura y la cultura. En este marco podemos ubicar los tentativos de explicar el descenso de la criminalidad. Es muy interesante en este punto el grado de etnocentrismo estadounidense acerca de la caída del delito. Para mi comenzó cuando en el congreso de la American Society of Criminology en San Francisco Alfred Blumstein presentó por primera vez su reporte acerca de la caída del delito en Estados Unidos y desplegó todas esas intrincadas explicaciones acerca de porqué estaba ocurriendo y en ese momento, una mujer canadiense levantó su mano y dijo: “En realidad, nosotros no tenemos encarcelamiento masivo, no hemos experimentado la epidemia del crack y su reducción, no tuvimos policía estilo tolerancia cero y nuestra tasa de criminalidad ha caído también. De hecho, la curva es absoluta y palmariamente simétrica en Estados Unidos

y Canadá”. Y Blumstein se enoja muchísimo, de verdad. El etnocentrismo en este tema es un tanto loco porque esta declinación ocurrió también en otros países. Y lo que sorprende es el etnocentrismo de Nueva York. Esto también pasaba en Boston o San Diego con otros estilos de actividad policial. En toda la batalla acerca de quién lo logró es preciso recordar que el delito comenzó a descender en la ciudad de Nueva York antes de que el Comisionado Bratton accediera al cargo de Jefe del Departamento de Policía y con ello se instalara todo lo referido a Tolerancia Cero y COMPSTAT. También descendió en Gran Bretaña.

Lo que a mí me molesta mucho de los positivistas es que, aun cuando pretenden ser científicos, no son muy buenos en el plano técnico. Digo, ahí tienes las estadísticas inglesas al alcance de la mano, a través de tu computadora, puedes bajarlas, todos los números están ahí no es algo remoto y difícil. Y no lo hacen. No toman en cuenta lo que pasa en otros lugares. En este tema esta característica adquiere unas proporciones dramáticas. Sería bueno pensar en cosas comunes que han ocurrido en el Primer Mundo. De hecho, incluso Franklin Zimring admite en su libro *The Great American Crime Decline* que no puede explicarlo. Y entonces ahora ha girado su atención sobre lo que ha ocurrido en Nueva York y pretende explicar al menos eso, lo que como desplazamiento es un tanto extraño, por decir poco.

Desde mi punto de vista, una de las cosas que es preciso observar son los grandes cambios estructurales que han ocurrido. Uno de ellos, en el Primer Mundo, ha sido el desplazamiento del sector de la manufactura al sector de servicios. En Estados Unidos no se producen mucho productos manufacturados, más allá de las armas. Sólo Dios sabe que hacen. Nada. ¿Productos financieros, tal vez? En este marco se produce un cambio en la masculinidad. Tienes actualmente trabajos

masculinos que no implican una relación de confrontación como aquella que se daba en la fábrica, en el mundo de la construcción, que criaba una cultura del machismo. En cambio, el buen varón ahora es el varón flexible. No me gusta decirlo pero creo que es verdad. El rol masculino se ha ido, salvo en los funcionarios policiales, penitenciarios y militares. El nuevo varón trabaja en la industria de los servicios, es frágil, dócil, entrenado para agrandar.

Otro elemento crucial, creo, es la feminización de la esfera pública que es uno de los efectos de largo plazo del ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo y, como saben, restaurants, bares y todo lo demás están ahora llenos de mujeres. Es una derivación de este proceso. Yo creo que estos dos cambios son realmente importantes.

También hay otro elemento que me parece relevante, aun cuando no consigo clarificarlo del todo. Me gustaría saber que piensan ustedes de esto, particularmente en Brasil. Se trata de la cuestión del hiper-pluralismo. Nueva York siempre fue un lugar muy extraño y siempre tuvo una de las mayores cantidades de inmigrantes del mundo, 40 % de su población usualmente. Hoy tiene ese porcentaje y lo tenía también en los años 1990. Pero son ahora de todos los continentes, de todo lugar posible. No hay mayorías. Probablemente no haya un grupo étnico mayoritario en Nueva York, salvo que se considere a todos los blancos como un grupo étnico, lo que resulta absolutamente errado. Por tanto, algo extraño está pasando, creo, en términos de adjudicarle a alguien la etiqueta de otro. No lo tengo del todo claro, pero algo está pasando, que es totalmente diferente a las estructuras binarias del pasado, negro-blanco, ese tipo de cosas. Así, los chinos o asiáticos como los llaman en Estados Unidos están siendo reclasificados como blancos. Hay muchas cosas peculiares ocurriendo en este terreno. Y creo que revela que algo nuevo está pasando en términos de

antagonismo sociales. Franklin Zimring cree que nada nuevo ha pasado, por supuesto, que no se han producido cambios significativos en los últimos 15 años. No puede ser, basta mirar por la ventana. Las cosas no son como eran. Si se miran las fotos del subterráneo de Nueva York en los años 1950 y ahora, sólo mirando esas fotos y la gente en ellas, las cosas han cambiado mucho.

E: Es posible observar diferencias significativas en las políticas penales entre contextos nacionales diversos. Basta pensar en la distancia entre Estados Unidos y Finlandia al respecto. Algunos autores han escrito en los últimos años acerca de la “radicación” de las estrategias de control del delito, reconociendo cierto nivel de dependencia de este campo con circunstancias del pasado y presente de cada contexto. ¿Qué piensa de todo esto?

JY: Obviamente, es cierto. Si uno piensa en Escandinavia y se lee el trabajo de Dario Melossi acerca de la radicación del castigo legal, se puede acordar perfectamente. Entre Gran Bretaña y Estados Unidos hay diferencias obvias. Soy bastante crítico del trabajo de David Garland que trata estas dos jurisdicciones conjuntamente. En Estados Unidos es posible encontrar una población afroamericana que ha experimentado grados extraordinarios de sufrimiento durante generaciones, de un modo extremo. El nivel de segregación que han padecido y padecen no se reproduce en Gran Bretaña. Siempre he dicho que para encontrar ese nivel de segregación en aquel país uno debe ir a lugares como Bradford en donde se encuentran los enclaves musulmanes sunitas en el valle y los blancos en las tierras altas. Y en Belfast, donde hay altos niveles de segregación entre católicos y protestantes. Pero eso no ocurre en Londres, Birmingham y el resto de las grandes ciudades que ni remotamente presentan niveles de segregación como los que

se observan en Estados Unidos. O tomemos el ejemplo de las armas y la violencia. Basta mirar televisión en Estados Unidos con su adulación tremenda del combate físico, de los militares. Esto no sucede en Gran Bretaña, al menos en ese nivel. En general, en ese escenario las personas son más cínicas, menos patriotas. Habiendo perdido un Imperio, se tiende a tener un cierto grado de sarcasmo acerca de esas cosas.

Existen fuertes diferencias culturales entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Pero también hay similitudes. Uno de los argumentos en *El Vértigo de la Modernidad Tardía* es que la inseguridad ontológica y la inseguridad económica se combinan para crear un nivel de punitividad y propensión a la venganza que son comunes, aun cuando se desplieguen en forma diferente en cada país. No se si vieron en los últimos días en el *New York Times* un artículo de Charles Blow en el que se refiere a ciertos comentarios de políticos republicanos en los últimos meses. Uno sugería que “la amenaza de los inmigrantes ilegales es comparable con la que representaba Adolf Hitler en la Segunda Guerra Mundial”. Otro compara “las mujeres embarazadas que son inmigrantes ilegales con ratas que se multiplican”. Otro señalaba que “los fondos para quienes padecen de HIV deberían ser cortados porque llevan adelante un estilo de vida pervertido”. Por último, uno comparaba a “los negros desempleados” con “perros”.

E: Como relaciona este tema con la cuestión la punitividad a la que recientemente se ha referido Roger Matthews.

JY: Creo que se equivoca. Primero, porque no puede tomar en consideración la idea de respuestas contradictorias. ¿Por qué alguien debería preocuparse por el hecho de que la contradicción existe en la sociedad? ¿Ustedes creen que todo lo que sucede es punitivo? Hay

toda clase de contradicciones ocurriendo. En segundo lugar, porque toma los números acerca de las alternativas a la prisión y los compara con el gráfico del nivel de encarcelamiento y dice que sube más rápido, algo que sabemos desde hace mucho tiempo. Pero eso podría ser considerado fácilmente como un ensanchamiento de la red. El nivel de preocupación con respecto al comportamiento antisocial en Gran Bretaña es extraordinario. Es como si una especie de ola de infracciones con menor nivel de daño hubiese sido conjurada para remplazar la caída en el delito que se produjo realmente. Y las respuestas a ese tipo de comportamientos han sido también bastante inusuales comparadas con otros países del Primer Mundo. Si lo tratas de explicar encuentras que es algo muy bizarro. Por ello yo no lo intento... También es preciso señalar otra cosa en esta literatura reciente, es preciso entender las emociones, el deseo de venganza y la dinámica psicológica y existencial de estas cosas.

E: ¿Merton con energía?

Si la energía. Se trata de capturar la energía, el sentimiento de disgusto, resentimiento y odio, que efectivamente ocurre...

E: En este sentido, se pueden ver en diferentes países, en diferentes contextos nacionales, procesos similares en el plano de la inseguridad ontológica y de la inseguridad económica, pero también podemos encontrar diferentes tipos de reacciones a nivel individual que están en gran medida moldeadas política y culturalmente por los diversos escenarios. ¿Qué piensa sobre este punto?

JY: Bueno, yo estoy jugando con la idea que vuelve recurrentemente en mi trabajo acerca de la sociología formal. Existen similitudes formales que tiene una lógica en sí mismas aun cuando inevitablemente sean completamente interpretadas en una cultura. En este

sentido, uno se coloca en una posición que no es exclusivamente nomotética ni ideográfica. No es una cosa ni la otra. Y eso es precisamente lo que se necesita. No se puede caer en una posición totalmente ideográfica donde todo lo que puedes decir es acerca de una cultura particular cuando hay tantos paralelos presentes. Y al mismo tiempo, es preciso tomar en cuenta las diferencias. De este modo, si tomamos el caso del Director del FMI allí podemos ver las diferentes actitudes francesas y estadounidenses sobre las transgresiones sexuales, independientemente de los pormenores del caso. La idea de esposar a personas que efectivamente no van a escaparse, desde una perspectiva francesa parece una brutalidad, una expresión de barbarie, ¿verdad? Evidentemente hay algo vengativo que se está llevando adelante allí, ligado a un cierto triunfalismo.

*E: La criminología se desplazó desde una perspectiva progresista y de avanzada en los años 1960 y 1970 hacia posiciones crecientemente conservadores en las décadas recientes. Sin embargo, ha habido un cierto renacimiento de perspectivas críticas recientemente, por ejemplo, en el desarrollo de la “criminología cultural”. ¿Qué piensa como positivo en esta línea de trabajos contemporáneos? ¿Cómo la vincula a su propio trabajo precedente —pensamos aquí en *The Drugtakers*? Y mas en general ¿cuáles cree que son los desafíos para un perspectiva crítica en este campo en la actualidad?*

JY: Recuerdo que una vez le dije a Mike Presdee que tenía la esperanza de que no creyeran que estaba cayendo con un paracaídas en el medio de la criminología cultural y de un modo muy amable y simpático me contestó, “No te preocupes, sólo creemos que estas volviendo a casa”. Y en gran medida lo era. De hecho, en *The Drugtakers* yo estaba muy

interesado en entender el significado, las mediaciones culturales del uso de drogas ilegales. En este sentido hay una cierta continuidad en esa dirección.

E: ¿Y no cree que hay un riesgo en esa literatura de eludir un compromiso más fuerte con los análisis macroscópicos en el plano de la teoría social? Algo parecido a los dilemas que se usted mismo identificaba a fines de los años 1960 con respecto al enfoque del etiquetamiento...

JY: Sí, puede haber un problema en ese sentido. Justamente ahora con Keith Hayward debemos rescribir un capítulo para el Oxford Handbook of Criminology y he estado haciendo unas notas acerca del tipo de cosas que debemos incluir. En primer lugar, es preciso desenvolver el aspecto psico-dinámico que no ha sido desarrollado aún. Si pudiéramos hacer una criminología cultural y dar cuenta de la dinámica psicológica y existencial habríamos logrado hacer algo significativo. Para ello no necesitamos toda la maldita carga de la teoría psicoanalítica y ese tipo de cosas. Por otro lado, la cuestión política es un problema. Y el análisis del nivel macroscópico es otro problema. Desde el punto de vista político el romanticismo es siempre un problema.

E: En ese sentido sería volver a algunos de los riesgos del "idealismo de izquierda" ¿verdad?

JY: Sin dudas. Pero no creo que actualmente no seamos conscientes de eso. Esa fue la crítica que recibió el libro de Jack Katz, *Seductions of Crime*. Es un libro maravilloso pero es realmente una empresa completamente fenomenológica. Es decir, esta totalmente contra cualquier forma de materialismo, cualquier forma de explicación. Esto a pesar de que, de modo extraño, introduce en el libro diver-

sas cosas que tienen esa serie de cualidades. Creo que hay allí un cierto intento de hacer teoría macroscópica. Es preciso confrontar seriamente el romanticismo. Yo siempre trato de tener esto en cuenta. Ciertamente, en mi nuevo libro *The Criminological Imagination* trato de argumentar fuertemente contra el romanticismo y desarrollo una tipología de formas de tratar a los individuos como otros. Identifico, por tanto, una forma conservadora, una forma liberal y una forma romántica. Creo que eso es muy importante.

E: En El Vértigo de la Modernidad Tardía revisa algunas de sus tesis de La Sociedad Excluyente sobre todo en lo que se refiere al reemplazo de una división binaria entre inclusión y exclusión como dinámica. ¿También presenta importantes revisiones de su trabajo en su nuevo libro The Criminological Imagination?

JY: *The Criminological Imagination* desarrolla la noción de un tratamiento de las personas como otros de carácter liberal y la desenvuelve en el sentido de una crítica de los métodos cuantitativos. Esta forma liberal de tratar a las personas como otros implica mirar a los desviados como individuos que tienen déficits con respecto a nuestras habilidades y virtudes y combina esa identificación de déficits con la producción de distancia social. El uso de los números en este sentido implica medir los déficits, distanciándose de los sujetos estudiados. Este distanciamiento cuantitativo es visto como la base de la objetividad científica. Por ende, no te encuentras con los desviados, compras datos sobre ellos contruidos por una compañía de encuestas y los ves como una serie de números en un análisis de regresiones en la pantalla de la computadora. De este modo, se extiende la noción de exclusión social de la sociedad a la investigación social misma. Sugiere el libro

que hay dos criminologías: una que intenta ver todos los comportamientos humanos en un contexto histórico y social en la forma descrita por Wright Mills en su libro *La imaginación sociológica* y que visualiza la acción social como la generación de narrativas a partir de hechos de la existencia y otra que busca construir generalizaciones nomotéticas que determinan a los actores más allá del

tiempo, el lugar y la cultura. La primera es el terreno de la criminología crítica y más recientemente, de la criminología cultural. La segunda es la provincia del positivismo que es particularmente relevante en Estados Unidos. En un sentido, toda esta crítica es una continuación del proyecto que empezamos hace cuarenta años con la publicación de *La nueva criminología*.